

ORANDO CON LA PALABRA

(Quinto Domingo de Cuaresma)

Las hermanas de Lázaro le mandaron recado a Jesús, diciendo: «Señor, tu amigo está enfermo.» Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.»

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en donde estaba. Sólo entonces dice a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea.»

Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado.

Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún

ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.» Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará.»

Marta respondió: «Sé que resucitará en la resurrección del último día.» Jesús le dice: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí,

no morirá para siempre. ¿Crees esto?» Ella le contestó: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.» Jesús, muy conmovido, preguntó: «¿Dónde lo habéis enterrado?»

Le contestaron: «Señor, ven a verlo.» Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: «¿Cómo lo quería!». Pero algunos dijeron: «Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste?»

Jesús, sollozando de nuevo, llega al sepulcro. Era una cavidad cubierta con una losa. Dice Jesús: «Quitad la losa.» Marta, la hermana del muerto, le dice: «Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días.»

Jesús le dice: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?»

Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado.»

Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, ven afuera.»

El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar.»

Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

(Jn.11,3-7.17.20-27.33-45)

La Cuaresma es camino hacia la vida y en este sentido, la Palabra, de nuevo en el Evangelio de Juan, nos va acercando a las dimensiones más profundas de la vida y de la fe.

Los textos de los domingos anteriores nos han centrado en la necesidad de saciar la sed más profunda (samaritana), en la búsqueda permanente de luz (ciego) y en el texto de hoy, sobre la resurrección de Lázaro, la Palabra nos sitúa ante la realidad más radical del hombre, la muerte y ante la decisión libre de aceptar en fe, el misterio de la Resurrección.

Que vivamos la cuaresma con esperanza, como camino hacia la vida y hacia la luz.

ORACIÓN

En Betania, Señor,
con la resurrección de Lázaro,
celebras lo nuclear en la vida,
la amistad y el cariño,
el dolor y la impotencia

la muerte y la fe.

Nos muestras una doble realidad
hecha misterio en tu ser.
Te vemos y te sentimos
humano, cercano,
conmovido, entrañable,
pero también
nos invitas a creer en tu poder salvador:
“el que cree en mi,
aunque muera, vivirá”.

Hazme, Señor,
sencillamente humana
como tú.
Que celebre y agradezca
la vida que me regalas
en los amigos,
en los detalles,
en los sueños compartidos.
Que ningún dolor me sea ajeno,
que ninguna muerte me deje indiferente,
que no apoye con mi silencio
ninguna injusticia.

Como en Betania tus amigos,
queremos vivir,
pero en demasiados momentos
matamos la vida.
La matamos..
cuando borramos sonrisas,
levantamos muros,
ahogamos ilusiones,
cuando no dialogamos ante los problemas,
sino que imponemos
parcial y autoritariamente
nuestra voz.

Enséñanos a celebrar la vida
en las cosas pequeñas de cada día,
en el sonreír al sol y a la luz,
en el pan partido y compartido,

en reconocer y proclamar
lo bueno y positivo
que hay en cada persona,
en el vivir cada momento
como posibilidad nueva de crecer,
de compartir, de proyectar.

Ayúdanos a descubrirte
en los momentos más duros
de dolor, de enfermedad,
de muerte.
Cuando desposeído de todo,
el hombre, desnudo y en soledad,
se encuentra contigo en el misterio.
Que en estos momentos
te vivamos,
como Presencia
que serena y fortalece,
que armoniza y pacifica.
Que tu fidelidad
a la Palabra
nos haga fuertes en la fe:
“El que cree en mi,
vivirá para siempre”.

Ponemos ante tu mirada, Señor,
a todos los que, cualquier tipo de muerte
les ha robado la vida y la esperanza.
A los que caminan desencantados,
rotos,
sin pan, sin salud, sin futuro.
Que te encuentren como el amigo entrañable
que comparte y acompaña.
Que te descubran
como el Dios de la Misericordia
que perdona, fortalece y salva.

Amén.

(Hna. F.Oyonarte)